

Bienhallado el olvido

«**L**o más difícil no es ascender, sino descender”; “los sistemas no tienen destinatarios”; “se escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente”; “lo que ahora es, únicamente lo es porque ha vencido de momento”... son algunos de los enunciados que podemos encontrar en los libros de María Zambrano, una filósofa que tuvo la convicción de que en Occidente siempre se ha escrito desde la nostalgia; pero desde una nostalgia enigmática, casi leopardiana, porque añora lo que todavía no ha sucedido. Consuela tener cerca, aunque ahora sea a través de sus libros, a una autora que quitó credibilidad al dogma, que sorteó -sin temerlantan hábilmente la afirmación, y que hizo suya esa máxima estoica de que “el hombre vive porque olvida”. Si María Zambrano hubiera bailado una antigua danza griega -*génaros, hórmos-*, ella apostaría por el salto iniciático, por la elevación del pie, pues el apoyo en el suelo era denominado por los músicos y teóricos de Grecia, *thésis*. Saber pensar sin afirmar, sugerir sin inducir, hablar sin disuadir, son cualidades ciertamente escasas en un mundo maniatado por la militancia del “yo”, por la devoción hacia un individualismo que huele a habitación cerrada, por la estrategia que hace de la realidad un auténtico botín, sin reparto posible. Leer *Claros del bosque*, *La confesión: género literario*, *Filosofía y poesía* y *Hacia un saber sobre el alma*, supone, al menos para mí, una bocanada de aire fresco, una reparación, olvidar que el siglo XIX inventó el pasado y que la Ilustración aseveró cómo íbamos a ser. Aspiración pueril. Zambrano enseña “otro” pasado,

no una época pretérita para que sea inofensiva, maleable. Y eso es algo infrecuente en una sociedad intelectual -y la española en particular-, tan reconcomida por la honra, que a menudo ha producido un pensamiento romo y pegadizo, y muchos libros que, como ya señalara Diego de Torres Villarroel, son maestros “en vender por humildad lo que en el fondo es soberbia refinada”. Y hablando de vender, Diego de Torres, tan mordaz y rumboso de continuo, que se consideraba a sí mismo un “estudiantón desabrido”, decía, ya maduro, que empezaba a desconfiar de los libros al comprobar que los suyos se vendían. Y ¿por qué digo esto? Porque en María Zambrano se aprecia un discurrir desenvuelto aunque sin prisa, una templada soltura del pensar con naturalidad; sabe negarle jerarquías al destino, toda vez que demuestra que una mal entendida inteligencia se ha impuesto al anhelo de sabiduría, es decir, a cuanto ha servido como telón de fondo para una modernidad de cartón piedra en la que las relaciones humanas han acabado convirtiéndose en una mutua vigilancia. Hoy se defiende al prójimo por amor propio.

En otro orden de cosas, bien comentaba Stanislaw Lec que la eternidad es una unidad de tiempo, esa unidad de la que también habla Zambrano cuando refiere que el ser, escondido en lo humano, es por principio incalculable, inasible, dos términos que suele emplear cuando habla de poesía, un arte, un instrumento zapador que busca la multiplicidad y se expone al hallazgo venturoso, a la donación -según sus palabras-, sin reparar en el cálculo y sin olvidar que la unidad lograda en el poema es siempre incompleta. Para la pensadora la poe-

sía no supone un mundo rival del mundo de la realidad; es, sencillamente, una forma de desmentir absolutos con la mayor precisión verbal; es, por lo tanto, acción, encaminarse al origen, admitir que tal vez la Creación empezó en verdad cuando el Paraíso ya estaba en ruinas. La gran poesía es saber dosificar el deseo sin renunciar a él, y en este sentido escribe que los versos son “un llamar para rehuir”. Después de unas jornadas dedicadas a María Zambrano no voy a aportar aquí nada nuevo, lo mío es asentir detrás de los maestros, como señalaba Montaigne. Sí quisiera decir, sin embargo, que la poesía es tantear las palabras para encontrar un nombre que podría llevar cualquiera de nosotros; y también recordar que Tucídides comenta que la mayoría de ciudades no habían sido fundadas por reyes, sino por los desterrados que acampaban en un lugar. Quizá esa misma sea la metáfora del artista, y en particular del poeta, que Zambrano definió como “el que se aleja de su posible sí mismo por amor al origen”. El presente poema, que ahora voy a recitar, es mi pequeño homenaje a una autora que entendió el vacío como una página más de la historia. Su título es “Soltura”, y abre el libro que he titulado *La amplitud del límite*:

En no ser recordado estará mi recuerdo,
en el sol que contrae la teja y en la avispa

que aprovecha la casa donde vivió la alondra,
en la niebla que falta para que el horizonte
imante lejanías y curve sus laderas.
La cereza robada, el rastro del hurón,
los árboles que forman emblemas de un bestiario,
el rebaño y el viento rodando como un huso
para bajar la lana al frío de los pueblos,
cabrán en cualquier mano.

No seré recordado.

Bienhallado el olvido. Se juntará la estrella
con el rincón del líquen, así crecieron frondas,
en todo habrá cimiento, y yo tendré los rasgos
de otra raza, la edad jamás dada a los hombres.
Se perderán galaxias como yerba arrancada
por el corzo nevado, y el trébol vivirá
con la estela pisada, se astillará la lluvia,
la cresta de los gallos cortará en su vaivén
los haces de la aurora, el eco desgajado
del nogal y el enebro, la camisa tendida
con los puños del cierzo.

No seré recordado.

Me suplirán los techos, la silla, la leñera,
el remolino de hojas que asciende sus caminos
buscándose en los troncos. Y yo no existiré,
porque nunca fui más que el huésped de las garzas,
el salitre en la cruz de una ermita costera,
la pala acostumbrada a franquear el fuego
para obtener el pan. No seré recordado,
me abrirá paso el águila festejando la nada,
nadie preguntará quién podó los frutales,
quién viene tropezando en la inmortalidad.